

ÁNGEL G. LOUREIRO, «PROBLEMAS TEÓRICOS DE LA AUTOBIOGRAFÍA»:

TEXTO Y COMENTARIO

En el presente documento expongo y comento el texto de Ángel G. Loureiro, «Problemas teóricos de la autobiografía», que constituye la introducción al número monográfico nº 29, de 1991, de la revista *Suplementos Anthropol.*¹ En esta presentación mía amplío algunas referencias siguiendo criterios no siempre coincidentes con los de Loureiro, quien es, por otra parte, una referencia obligada en lo que a la autobiografía se refiere.

Loureiro ofrece un panorama muy apretado, si se quiere, de los problemas teóricos suscitados por la autobiografía, pero a mi juicio su sintético recorrido por la historia reciente de la teorización sobre la autobiografía es penetrante y resulta por ello mismo muy útil para orientarse.

Dado que su exposición sigue, en buena medida, un orden cronológico, la primera referencia es al filósofo alemán Wilhelm Dilthey. Como indica Loureiro, el planteamiento de Dilthey resulta interesante porque valoriza la dimensión simbólica de lo vivido (lo vivido, dentro del sistema de valores del sujeto) y la dimensión histórica de lo vivido individualmente (lo vivido por el sujeto, dentro del sistema de valores de una colectividad dada). Para Dilthey, pues, el conocimiento de la historia no puede deslindarse del conocimiento de la vida de los individuos, y viceversa. Esta dimensión histórica de lo autobiográfico, la del anclaje de la historia individual en la historia compartida, lleva a Loureiro a decir más adelante que el «destino de la autobiografía parece estar marcado por su origen como *hija predilecta de la historia*» (cursiva mía, p. 5). Si no me engaño, esta afirmación debe entenderse en dos sentidos contrapuestos, evidente el uno, y por eso mismo algo menos relevante, y un tanto irónico e inesperado el otro, y por ello más revelador. Que la autobiografía pueda aparecer como la hija predilecta de la historia significa, de entrada, que el testimonio que lo autobiográfico supuestamente presta a la reconstrucción histórica le reporta a esta el beneficio del *documento* y, recíprocamente, que la objetividad atribuida al relato histórico confirmaría la *veracidad* del testimonio subjetivo, de ahí que el relato autobiográfico pueda pensarse como el complemento idóneo de la reconstrucción historiográfica. Pero como se desprende del contexto en el que aparece, la frase de Loureiro puede entenderse, más bien, en el sentido de que las mismas reservas que cabe formular acerca del sustentamiento objetivo de todo relato historiográfico afectan en igual o mayor medida al relato autobiográfico, de suerte que éste viene a encarnar, de manera paradigmática, los espejismos achacables a toda pretensión de objetividad. Por lo cual, y sin que planteamientos como el de Dilthey queden por completo invalidados, se hace necesario un enfoque del problema desde premisas distintas.²

Un giro fundamental «en el entendimiento e interpretación de los problemas que plantea la autobiografía como género» lo debemos a Georges Gusdorf. La reflexión de Gusdorf es interesante, entre otras razones, porque descansa no solo en su obra teórica, sino en su propia experiencia como prisionero de guerra entre 1940 y 1945, en concreto en el campo de Lübeck. Fruto de dicha experiencia y del acercamiento de Gusdorf a la obra de Dilthey es su tesis doctoral *La découverte de soi* (El

descubrimiento de sí mismo, 1948).³ Como señala Loureiro al hilo de su comentario de las aportaciones de Gusdorf, el interés de la autobiografía reside en el hecho de que nos pone frente a

los problemas teóricos más debatidos en la actualidad, y no solo en literatura sino también en filosofía. Al pretender articular mundo, yo y texto, la autobiografía no puede ignorar el acoso creciente a que están siendo sometidos conceptos como historia, poder, sujeto, esencia, representación, referencialidad, expresividad. Debemos añadir además las complicaciones implícitas al medio del que se sirve el autobiógrafo para relatar su vida —es decir, el lenguaje— [...] el lenguaje no simplemente sirve al sujeto sino que lo constituye como tal (p. 3).

La articulación, recién mencionada, entre «mundo, yo y texto» podría hacerse corresponder, *grosso modo*, a la que en el nombre *autobiografía* liga *autós*, *bíos* y *grafé* —articulación señalada por James Olney—, en particular si consideramos que la referencia a la vida, al *bíos*, guarda relación tanto con el yo (*autós*) como con el mundo, es decir, el contexto en que se desarrollan la existencia y la escritura del yo. Pero, como explica Loureiro, esas dos diferentes conjunciones (mundo-yo-texto / *autós-bíos-grafé*) responden a una modificación en el paradigma interpretativo. Una vez se acepta que el pasado no puede recuperarse tal como fue y que el sujeto se encuentra alienado de sí mismo, la *escritura de sí* adquiere otros tintes, pues tan inasibles aparecen las vivencias respecto del *afuera* como del *adentro*. De ahí que la escritura de sí empiece a ser pensada no como representación o registro sino como inscripción, por decirlo usando términos que son de Barthes en «La muerte del autor»: es decir, que la escritura no *reproduce*, sino que *produce*. Con Gusdorf, la concepción *de* la autobiografía y *sobre* la autobiografía (recordemos que su propia vivencia como recluso se convierte en materia de reflexión académica) se torna compleja al declarar este autor «que el *motto* de la autobiografía debería ser “Crear, y al crear ser creado”» (p. 3); el propio Loureiro lo explica muy atinadamente al decir que, con Gusdorf, la autobiografía «consiste en *una lectura de la experiencia, lectura que es más verdadera que el mero recuerdo de unos hechos*, por cuanto al escribir una autobiografía se da expresión a un ser más interior [...] *al añadir a la experiencia la conciencia de esa experiencia*» (cursiva mía). Tengo el convencimiento de que un Paul de Man rechazaría de manera frontal la existencia de ese *ser más interior*, pues no dejaría de ser algo así como una identidad última del sujeto, supuestamente capaz de aportar las garantías que es imposible hallar en otro lugar; pero tan lúcido es manifestar esta reserva como subrayar que la escritura aporta a lo vivido una conciencia que, como diría Jacques Lacan, corresponde al momento del comprender, por fuerza siempre posterior a la vivencia.

Lo interesante es que al problematizarse la recuperación del propio pasado a través de la memoria, no es solo la supuesta objetividad de los hechos lo que queda en entredicho, sino que también se tambalea la identidad del sujeto, que se convierte en un «ente en busca de una identidad en última instancia inasible», en palabras de Loureiro. Hay que entender que este cambio no se produce solo por el lado del estudio de la autobiografía, sino también por el lado de las autobiografías que se escriben. El resultado es una pérdida de *autor-idad* del escritor y del texto («quiebras en la autoridad del texto como

historia y del autor como propietario de la interpretación de su vida», p. 3). En consecuencia, el eje se desplaza, por así decir, del pasado de la vida al presente de la escritura y la lectura, de modo que el lector, a decir de Loureiro, queda convertido en «depositario de la “interpretación” de la vida del autobiografiado», es decir, en *intérprete*, a su vez, de la lectura que el autobiógrafo ha hecho de su propia vida (p. 4).

A esta perspectiva del lector responde el trabajo de Philippe Lejeune que ya conocemos, así como el de Elizabeth Bruss, cuyo título nos sitúa de pleno en la pragmática de la autobiografía: *Autobiographical Acts* (título que recuerda al fundamental *Speech Acts* de John Searle, de 1969). Planteada la pregunta por lo distintivo de la autobiografía, tanto Bruss como Lejeune, adoptando el abordaje pragmático, señalan una dimensión del problema que también es de actualidad para la literatura y el arte: si arte es lo que una cultura define como artístico y literatura aquello que esta define como literario, también la percepción de qué es y cómo ha de ser una autobiografía depende de la comunidad de lectores, que varía con el paso del tiempo. Loureiro refiere dos maneras distintas, en buena medida opuestas, de concebir dicha presencia del lector: la de Lejeune, que es la del célebre contrato autobiográfico, y la de Olney, que viene a ser la del lector implícito: «los autobiógrafos [...] crearon un yo en el proceso de escritura [...] requiere que el lector [...] participe plenamente en el proceso, de manera que el yo creado es obra [...] casi tanto del lector como del autor».

En relación con esta fase histórica de interés por el *autós* —que, como vemos, implica de manera directa tanto al yo escritor como al tú-yo lector, es decir, que plantea el problema de la identidad del sujeto textual—, Loureiro menciona la ya conocida postura de Paul de Man, a la que irá refiriéndose con algo más de detalle en el último tramo de su texto; a este respecto, vale la pena subrayar que la mera coincidencia o identidad entre autor, narrador y personaje, en la que Lejeune cimienta su propuesta teórica, ni garantiza, como él querría, la veracidad de un texto que se postula como autobiográfico —desde el momento en que el autor puede construir un relato falso sobre sí mismo, no siendo posible, en muchos casos, comprobar su veracidad o, siquiera, sospechar su falsedad—, ni tampoco resuelve el problema de la identidad —en la medida en que ésta puede aparecérselo al propio autobiógrafo como problemática precisamente al querer dar cuenta de ella—.

Con estas consideraciones llegamos al punto crítico, por así decir, de la autobiografía, que es el de la toma de conciencia de la imposibilidad misma de que la autobiografía *sea*, planteamiento en que debería ser reconocible una de las afirmaciones más rotundas de De Man: «la imposibilidad de cierre o de totalización (que es *la imposibilidad de que lleguen a ser*) de todos los sistemas textuales hechos de sustituciones tropológicas».⁴ Y es que, como señala Loureiro, si «el autor se crea a sí mismo, crea un yo que no existiría sin ese texto», por lo que esta perspectiva conduciría a la imposibilidad de la autobiografía, «pues no habría forma de distinguirla de la ficción» (p. 4).

En explorar las *condiciones de posibilidad* de la autobiografía consiste, empero, el esfuerzo de los estudiosos de la autobiografía. John Paul Eakin rescata la autobiografía postulando para ésta, según la fórmula de Loureiro, una suerte de *autorreferencialidad formal*, en la medida en que, más que representar

los hechos de una existencia, la autobiografía se constituiría, en sí misma, como repetición o renovación de ciertos acontecimientos de dicha existencia, más concretamente la del momento de la adquisición de la conciencia de sí a través de la entrada del sujeto en el lenguaje, de modo que la autobiografía se convierte, para el sujeto, en «una segunda adquisición del lenguaje, un segundo advenimiento al ser, una autoconciencia autoconsciente». Así pues, para Eakin, quien trata de rebatir el planteamiento de Paul de Man, la autobiografía sí posee valor cognoscitivo.⁵ Paul Jay, por su parte, ve en las autobiografías la constitución de relatos sobre el yo similares o equivalentes a las construcciones que sobre esta cuestión elabora la filosofía.

En esta misma nómina de estudiosos que tratan de asentar la validez de la autobiografía recurriendo al auxilio de alguna disciplina teórica sitúa Loureiro a Jean Starobinski; en este caso, la disciplina invocada sería la estilística, y la noción prestada por ésta a la autobiografía sería la de *desviación* (o *divergencia*, como acertadamente sugiere la traducción al castellano de «El estilo de la autobiografía»). Pero —y en esto difiero un tanto de la interpretación de Loureiro— la desviación o, mejor, la divergencia no es aquí exactamente, o no solo, la planteada por la estilística, o sea, no es únicamente, como dice Loureiro, un alejamiento de la *norma*, sino la actitud —puesta de manifiesto, eso sí, a través de rasgos estilísticos— con la que el autobiógrafo, desde el presente de su escritura, se confrontaría con su propio pasado, confrontación que puede traducirse, por ejemplo, en términos de solidaridad o de rechazo, como el caso de Rousseau ilustra eficazmente.⁶ De este modo, y una vez dejada de lado una exigencia de verificación que se demuestra irrealizable amén de prescindible, no solo sería autorreferencial el contenido —cuanto el yo dice de sí mismo—, sino que también el estilo lo sería, y hasta tal punto que el yo del presente queda *caracterizado*, es decir, que resulta aprehensible no tanto por aquello que declara cuanto, sobre todo, por cómo lo hace.⁷ Disiento, asimismo, de la idea de Loureiro de que el estilo, en Starobinski, conduce «a la verdad “interna” del autor»: confróntese, si no, dicha idea con esta afirmación en la que Starobinski singulariza las palabras clave entrecomillándolas o usando la cursiva: «el estilo de la autobiografía resultará ser conductor de una veracidad por lo menos *actual*. Por dudosos que sean los hechos relatados, la escritura nos dará al menos una imagen “auténtica” de la personalidad del que “maneja la pluma”». Que en lugar de *autor* Starobinski recurra a una fórmula-cliché, insinuando que acaso no deba identificarse automáticamente la personalidad de quien escribe con la del autor empírico, y que obre de igual manera con el adjetivo *auténtica*, dejando entrever sus propias reservas acerca de la total sinceridad del autobiógrafo o del carácter irrefutable de lo que éste cuenta, muestra, a mi juicio, que Starobinski es bien consciente de los límites de la autobiografía.⁸

Sea como sea, la paulatina adquisición de la conciencia plena de dichos límites ha llevado a superar los espejismos ínsitos en la relación entre *bíos* y *autós* y ha conducido a la etapa caracterizada por el énfasis en el *grafé*, esto es, en el hecho de la escritura.

En la frontera entre dichas perspectivas se hallaría la obra de Sidonie Smith, *A Poetics of Women's Autobiography*, de 1987, que aborda nuestro asunto desde las teorías feministas y desde la cuestión del sujeto femenino. La autobiografía, constituida históricamente dentro de un espacio público marcado

como masculino, ha reforzado, según Smith, la adscripción de los sujetos masculino y femenino a los ámbitos público y privado respectivamente, así como su reinscripción en las coordenadas falocéntricas de género, reafirmando en consecuencia al sujeto masculino en dichas coordenadas y dicho espacio público y dejando en cambio al sujeto femenino o bien impedido u obstaculizado en su aspiración a dar cuenta de sí («el impulso a escribir su vida», p. 5), o bien constreñido a hacerlo según esquemas sentidos como ajenos e impuestos. Dichas constricciones redundarían, en consecuencia, en otras tantas formas de desapropiación autobiográfica del sujeto femenino, reducido a elegir entre la reificación a la que lo somete un sistema simbólico de representación no apto para su expresión o la que resulta de una escritura des-centralizada en cuanto practicada desde fuera de la historia.

La etapa del *grafé*, de la escritura, centra finalmente el análisis de la autobiografía en el problema de la interacción entre lenguaje y sujeto: de la relación entre el sujeto y la vida, que desconocía la problematicidad de la escritura, se ha pasado a poner el acento en la opacidad de esta última.

No es solo un cambio en cuanto a la perspectiva adoptada al analizar la autobiografía: lo que en definitiva se afirma es que el núcleo de la cuestión no lo constituye el sujeto o, por mejor decir, el yo, sino la propia escritura. En este punto Loureiro recupera la referencia a De Man, señalando con acierto que si algún valor tiene su aportación «es hacernos perder definitivamente la inocencia (o la ceguera) con que nos hemos acercado hasta ahora a la autobiografía» (p. 6). La preocupación de De Man es destacar la ilusión de la referencialidad, por lo cual indaga en la estructura de la autobiografía, en especial en su tejido figural. Para De Man, la autobiografía realiza, pone en acto, la estructura misma del conocimiento y de la lectura, aunque de un modo que no deja de resultar paradójico. La estructura especular escenificada en la autobiografía —el yo de la enunciación frente al yo de los enunciados— se correspondería a la de la relación sujeto-objeto subyacente a todo proceso de cognición, pero con la salvedad de que cuando objeto y sujeto coinciden, es decir, cuando lo que está en juego, como en la autobiografía, es el conocimiento del sujeto por sí mismo, el proceso se torna opaco hasta tal punto que De Man afirma, como sabemos, que la autobiografía no revela ni momento autobiográfico alguno (en lugar de un referente empírico lo que tenemos es una estructura lingüística) ni, en consecuencia, tampoco *autoconocimiento fiable*. No solo eso: lo propio de la autobiografía, la *figura dentro de la figura*, sería, para De Man, el gesto falible de la prosopopeya, mediante la cual se trata de restaurar la vida de lo que fue y ya no es.⁹ Porque lo que sucede es que a la vida «la vía despojadora del entendimiento» le impone una forma, de suerte que «desposee y desfigura en la misma medida que restaura».

No son pocas las cuestiones abiertas por De Man y sobre las que cabría extenderse, dada la complejidad de los problemas que deja al descubierto. Pero tampoco son pocas, ni sencillas, las objeciones que pondrían oponérsele. Del mismo modo que Sidonie Smith debe admitir que la validez histórica de su análisis de la autobiografía femenina se ve limitada por los cambios producidos en la condición de la mujer como sujeto de la historia, cabría preguntarse si no está asimismo sujeta a revisión histórica la idea de que la autobiografía no busca sino insuflar vida a un pasado que, en efecto, no puede ser reanimado: si algo ha enseñado el psicoanálisis es que el pasado puede seguir bien vivo en

el presente de un determinado sujeto, y en este mismo sentido ¿no puede una autobiografía proponerse, de manera programática y no como figura oculta en su entramado, poner fin precisamente a la repetición a la que conduce un pasado no extinto? No menos cuestionable aparece la elección del término *de-facement*, «des-figuración» en la traducción al castellano, si precisamente el problema es que la construcción lingüística que constituye una autobiografía le impone a la vida una forma de la que ésta carecía (¿cuál sería, entonces, el rostro, *the face*, deturpado?): podrá hablarse de transubstanciación, si se quiere, pero ¿puede deformarse lo que no tenía forma? Por eso, cuando argumentaciones como la de Paul de Man dan lugar a afirmaciones tales como que «las palabras no pueden captar el sentido total de un ser» (p. 6), más allá de asentir a la idea de que el lenguaje, inevitablemente, *no nos alcanza* frente a la existencia, surge la duda de si el ser, en sí mismo, está dotado de sentido, si posee un sentido intrínseco o si el problema no es, más bien, que el sentido debe ser construido, pues no está dado de entrada (y otro tanto podría decirse de la vida en general); en esta empresa el lenguaje demostrará, acaso, todas sus insuficiencias, pero no parece que sin su concurso la construcción de sentido alguno pueda llevarse a cabo. Por último, destacaré esa persuasión, a la que resulta difícil sustraerse leyendo a De Man, de que le correspondería a la vivencia, de suyo no pocas veces confusa, una autenticidad (¿la vivencia como *arjé?*) frente a la cual la reflexión no puede dejar de sentirse como espuria, y recordaré, a este propósito, las consecuencias que extrae Starobinski del estilo pensado bien como mero ornamento añadido a un fondo al que inevitablemente falsea, bien como uno más de los efectos que se desprenden del hecho mismo de haber vivido.

En la página 6 de su artículo Loureiro saca a colación, comentándola, una definición de la autobiografía debida a James Olney que resulta significativa porque acentúa el carácter tentativo tanto de las aproximaciones a la autobiografía de los críticos literarios como la de los propios autobiógrafos a la vida de la que querrían dar cuenta: «“De alguna manera complicada, oscura, cambiante e inasible [la autobiografía] es, o está en lugar de, o rinde homenaje en la memoria, o reemplaza, o hace algo de la vida de alguien”. Esa supuesta y posible relación entre texto autobiográfico y yo es la que en última instancia se les escapa a todos los teóricos examinados hasta el momento». En esta cita no resulta evidente cómo haya que tomar la conjunción de los adjetivos *supuesta* y *posible*, pues tanto parecen reforzarse como oponerse: ¿la relación entre el texto autobiográfico y el yo resulta siempre posible en la medida en que es siempre supuesta, esto es, una hipótesis nunca verificable, inclusive infundada? Sería esto lo que habría revelado el abordaje retórico de Paul de Man, el espejismo que toda autobiografía despliega y el *malestar* de quienes se ocupan en ella pues, dice Loureiro, «no pueden asumir que el texto autobiográfico no imparte conocimiento alguno (de ningún tipo) sobre un sujeto, ya que eso significaría asumir el fracaso de la empresa en la que se embarcan», cuando lo que querrían sería «“salvar” su tema».

Sin embargo, en el terreno que nos ocupa las cosas se demuestran, una vez más, escurridizas, menos tajantes de lo que cabría suponer, pues si la vida se diría situada en una dimensión inaccesible a la escritura, la posición de Derrida, tal como la recoge Loureiro, vendría a advertirnos en cambio que si no es posible explicar la vida por medio de la escritura, tampoco lo es separar

radicalmente vida y obra [...] tenemos que comenzar a pensar lo «autobiográfico» desde esa premisa del borde paradójico que separa una y atraviesa al mismo tiempo corpus y cuerpo, vida y obra. En el momento en que empezamos a considerar ese límite paradójico entre esencialidad de una obra y vida empírica de un autor, nos abrimos a una nueva ciencia de lo biográfico, en la que la identidad del autor toma nuevas configuraciones, por lo que es necesario no una disolución de la narración autobiográfica, sino un nuevo replanteamiento de lo autobiográfico [...] lo autobiográfico no puede ser nunca autosuficiente ya que no puede darse la presencia completa del yo ante sí mismo, y si el borde entre vida y obra nos deja ver que lo autobiográfico es en realidad «autográfico», el paso necesario [...] a través de la oreja del otro, convierte a lo autobiográfico en heterobiográfico.[7]

NOTAS

1. Dicho número reúne en su mayor parte capítulos de libros a los que se hace referencia en la mencionada introducción de Loureiro. En el trabajo de Loureiro se reconocen no solo algunas de las referencias capitales acerca de la discusión contemporánea sobre la autobiografía (Gusdorf, Olney, Lejeune, Starobinski, de Man), sino también los puntos principales de dicha discusión, abordados en clase con alguna amplitud. Precisamente porque Loureiro destaca la complejidad de algunas de las cuestiones implicadas, se hace evidente lo beneficioso de leer con detenimiento textos como el de Paul de Man, de gran espesor conceptual, o como el de Lejeune, que articula entre sí no pocos ámbitos distintos; máxime, porque no siempre disponemos ni del tiempo ni del espacio para leer los textos con la atención que demandarían.
2. El trabajo de Dilthey sobre la autobiografía está traducido al castellano en, al menos, dos versiones: *Dos escritos sobre hermenéutica. El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*, Istmo, Madrid, 2000; *Obras de Dilthey. VII. El mundo histórico*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2014 (primera versión electrónica). En particular, las referencias a la autobiografía se encuentran en el segundo de esos dos escritos, concretamente en la primera parte, «Vivencia, expresión, comprender», de los *Esbozos*. (de la edición de Istmo) La monumental obra de Georg Misch, no traducida al castellano, proporciona informaciones valiosas a un clásico de los estudios sobre las escrituras del yo, *La formación de la individualidad*, de Karl Weintraub (Megazul-Endymion, Madrid, 1993).
3. Dirigida por su maestro Gaston Bachelard. Gusdorf, por su parte, preparó a Althusser y a Foucault para sus respectivas agregaciones; fue, como se ve, un intelectual respetado en Francia.
4. Véase Man, P. de, «La autobiografía como des-figuración», en *La retórica del romanticismo*, Akal, Madrid, 2007, pp. 149-150, cursiva mía.
5. A mi entender, hay un cierto empeño por parte de Eakin en combatir la postura de De Man con las armas de este, de modo que si De Man hace de la autobiografía, como sabemos, «una figura de la lectura, o de la comprensión», Eakin la presenta, de hecho, como una figura de la vida misma, queriendo devolverle, así, validez cognoscitiva. Mi impresión es que si la autobiografía permite acceder a algún tipo de conocimiento de sí (¿acaso no implica un conocimiento en cierta medida verdadero el hecho de que alguien pueda *mentir* sobre su propia vida?), el razonamiento debe llevarse por derroteros que nos alejen, precisamente, de contraponer un cierto tipo de sustitución tropológica a otro. Por otra parte, el valor de emblema que Eakin atribuye al momento en que un individuo adquiere conciencia de sí (presente, por ejemplo, en *Habla, memoria*, de Vladimir Nabokov, en *La historia de mi vida*, de Helen Keller y, como sabemos, en *Metafísica de los tubos*, de Amélie Nothomb que, sin embargo, no puede considerarse una autobiografía), sobre el cual descansa en gran medida la visión que Eakin tiene de la autobiografía, es un dato que no todas las autobiografías recogen, pues a menudo los sujetos no conservan memoria alguna de su entrada en el lenguaje ni, en consecuencia, de su primera experiencia de autoconciencia.
6. Ciertamente, el propio Starobinski se refiere al estilo como «margen de libertad que ofrece la lengua y la convención literaria», pero la *divergencia* a la que se refiere de manera específica no es solo con respecto de la norma lingüística común, sino la que media entre presente y pasado.
7. Véase «El estilo de la autobiografía», p. 68: «la originalidad del estilo autobiográfico, lejos de resultar sospechosa, nos ofrecerá un sistema de pistas reveladoras, de rasgos sintomáticos. La redundancia del estilo es individualizante: singulariza».
8. Nótese, además, la oración concesiva «Por dudosos que sean los hechos relatados». En este mismo sentido debe señalarse que al sintagma «la verdad “interna” del autor», tomado por Loureiro de la primera de las dos secciones dedicadas por Starobinski a Rousseau, le falta significativamente la restricción del verbo «pretender»: «el estilo [...] *pretende* remitir infaliblemente a la verdad “interior” del autor» (cursiva mía), restricción que se suma al entrecomillado del adjetivo *interna*. Adviértase, pues, el cuidado de Starobinski en limitar las implicaciones de un término tan problemático como *verdad*, cuidado también presente en, por lo menos, otro lugar del texto: «la “verdad” de los días pasados existe solo para la conciencia», donde es precisamente la palabra *verdad* la que aparece marcada. Según lo entiendo, estas cautelas obedecen a la voluntad de evitar planteamientos ingenuos, como el de suponer la autobiografía presidida por una referencialidad directa, por un acceso inmediato a la interioridad del yo o por una correspondencia sin fisuras entre las instancias del yo y de la *persona*. Es así como interpreto la frase, citada más arriba, «el estilo de la autobiografía resultará ser conductor de una veracidad por lo menos *actuable*», donde lo que está en juego no sería ya una verdad acabada, sino el convencimiento del sujeto, sincero, aun equivocado o ilusorio, pero limitado en el tiempo —y, como tal, pasible de ulteriores modificaciones, del mismo modo que la postura que expresa puede ser ya, en sí misma, un desplazamiento de sentidos anteriormente considerados válidos.
9. Con esta fórmula trato de referirme al hecho de que, según De Man, la autobiografía, que ya en sí misma es una figura (una forma de ejemplificar) de la lectura y la comprensión, tiene su emblema (la imagen que la caracteriza y evoca) en la figura retórica de la prosopopeya, por cuanto la autobiografía en un mismo acto restituye y despoja, tal como la prosopopeya crea la ilusión de hacer hablar a aquello que carece de voz (como, por ejemplo, los muertos).